

Ralf Dahrendorf y Antonio Polito

DESPUÉS DE LA DEMOCRACIA

7. Intermediarios

Antonio Polito: Tanto hablar del pueblo hizo que aflorara en mi memoria un recuerdo de los años setenta italianos: una situación completamente distinta, extremadamente ideologizada y politizada. Pero también en ese entonces, durante una etapa de democracia parlamentaria debilitada, circulaba un montón de gente que se investía de una representatividad popular extraparlamentaria. No era casual que uno de esos grupos se llamara *Servire il popolo*.

Ralf Dahrendorf: Hoy nos encontramos ante una situación completamente nueva. Lamentablemente, las instituciones que en el pasado mediaban entre el *demos* y el poder –esto es, el Parlamento y los partidos parlamentarios– ya no parecen capaces de desempeñar convenientemente su papel. Todavía existen, seguro, no perdieron toda su importancia; pero ya no bastan como instrumento para organizar el tipo de debate público que es útil para la democracia ni, por ende, para transfundirlo a la actividad ejecutiva de los gobiernos electos. Digamos que ya no producen ni decisión ni control. Se ha abierto una brecha entre poder y voluntad popular. Pero, ya que el vacío tiende a ser llenado, hoy la gran pregunta es: ¿qué otras instituciones u organizaciones intermediarias se consolidarán?

Si miramos a nuestro alrededor vemos con suficiente claridad los rasgos característicos de algunos nuevos mediadores ya activos. Uno de éstos es, seguramente, el sistema de los medios masivos. Hasta la etimología nos dice, en este caso, que su finalidad es “mediar”, esto es, poner en relación opinión pública y poder. Nuevo intermediario es también ese complejo mundo de las organizaciones no gubernamentales que reivindicán su representación del pueblo de distintas formas y desempeñan un papel cada vez más importante en la escena política internacional. Otro nuevo intermediario en funciones es un curioso remanente del viejo sistema parlamentario: los partidos que quedaron sin más miembros ni afiliados, que se transformaron en aparatos, en “máquinas” que constantemente demandan combustible y por ello considerablemente costosas, una esquirra producida por el estallido de la vieja política, que permaneció como suspendida en el aire, pero mientras tanto cambió profundamente su naturaleza para adaptarse a la nueva situación.

Obviamente hay muchos otros aspirantes a intermediarios; pero éstos me parecen los más típicos y más importantes de nuestra época.

A. P.: Cuando habla de medios masivos, ¿se refiere a lo que se conoce como “efecto CNN”?

R. D.: A escala internacional, el efecto CNN ya es muy conocido y analizado, debido a la fuerza que demostró poder condicionar a líderes y gobiernos mediante la agitación de la opinión pública. Pero en este caso me refiero al rol de los medios masivos en el proceso democrático nacional. Hace algún tiempo, un editorial del *Sun* británico, el tabloide más vendido de Europa, en que se intimaba al primer ministro a que aplazara las elecciones a causa de la emergencia epidémica en el campo, concluía con estas palabras: “El *Sun* sabe lo que quiere la gente”. Un modo explícito de asumir el rol de personalidad política. Se trata de un caso extremo. En muchos otros países esta afirmación hubiera sido realizada con cautela mucho mayor; sin duda, muchos periódicos continentales no reivindicarían con tanta seguridad una especie de representatividad de su nación. Pero, aun con mayor o menor descaro, esta convicción de representar en cierto modo al pueblo está presente en todos lados dentro del sistema de los medios masivos.

Esto presenta importantes preguntas. Antes que nada: ¿quién tiene la propiedad de estos nuevos intermediarios? Yo no creo que los medios masivos determinen el comportamiento de la opinión pública; pero es realista sostener que al menos la influyen, y con fuerza. No sólo *reflejan* sino que también *desvían* en una dirección u otra las tendencias de la gente. Entonces, es de extrema importancia para los objetivos de la democracia –aun más que en el pasado– que haya una pluralidad de medios masivos, esto es, que no se creen monopolios ni carteles. Idéntica importancia tiene que los medios sean criticables, vale decir, que haya una dialéctica en la que otros medios, pero también instituciones y organizaciones, puedan juzgar, objetar, refutar.

Planteo aquí un problema que los italianos incluso conocen demasiado bien, porque fue uno de los temas de la última campaña electoral, y está destinado a permanecer sobre el tapete aun después de las elecciones. Pero un ejemplo más dramático de la relevancia de este problema lo ofrece Rusia, donde con mucha rapidez desaparecieron los medios independientes y se concretó una radical restricción del pluralismo, al punto de que hoy es legítimo preguntarse si los ciudadanos rusos todavía pueden disponer, dentro del panorama de los medios de información, de una variedad democráticamente suficiente de opiniones. E, infortunadamente, problemas equivalentes se presentan en muchas partes del mundo.

Creo que al buscar los antídotos debemos encauzar una seria reflexión acerca del papel que pueden desempeñar la TV y las radios públicas para garantizar una información que, si no neutral, sea por lo menos pluralista, capaz de brindar el espectro más amplio posible de posiciones. Esto también se está volviendo difícil y complicado, como demuestra lo que le sucedió a la televisión pública en la República Checa. Pero es un problema hasta en Gran Bretaña, donde la necesidad de competir con las emisoras privadas en términos de audiencia está llevando a la BBC a abandonar su deber de brindar una información objetiva y pluralista.

¿Cómo garantizar la neutralidad de las emisoras públicas?

Es un gran tema del futuro de la democracia al que no es fácil dar una respuesta. ¿Se resuelve al dar voz a todos los partidos? Pero vimos que los partidos ya no son necesariamente la única, y acaso tampoco la más genuina expresión de la diversidad democrática. Entonces, ¿se pueden tener autoridades independientes que no sean voceros de los partidos?

A. P.: ¿Hay un riesgo específico cuando los medios son televisivos? ¿La TV es un arma más peligrosa que la información escrita?

R. D.: Todos los intermediarios pueden ser un riesgo para la democracia, porque alguno puede abusar de ello y ellos no tienen el mismo grado de legitimidad que en el pasado tenían los partidos parlamentarios. Desde luego, la influencia que puede tener un pequeño periódico es inferior –y por ende, también lo es el riesgo– al que puede tener una estación televisiva capaz de acceder a un auditorio más amplio y que, para hacer viajar imágenes y noticias, utiliza mecanismos que necesitan menos de argumentos y debates. Pero la calidad del medio no es decisiva. Los tabloides ingleses, que afortunadamente no existen en Italia o Francia, tienen un poder muy similar al de la televisión. El núcleo general es que no se puede permitir que estos nuevos intermediarios se comporten tal como los viejos intermediarios estaban facultados a obrar. En definitiva, ya no se puede permitir que el *Sun* se defina o se comporte como un partido, porque entonces se genera una grave confusión en los poderes democráticos.

A. P.: Entre estos “nuevos intermediarios” usted también citó a las organizaciones no gubernamentales, las célebres ONG. Me parece un caso bastante distinto al de los medios masivos.

R. D.: Es muy interesante. Las ONG se han vuelto cada vez más importantes en el proceso democrático. Yo soy un apasionado sostenedor de la sociedad civil, y siempre la concebí como una red de asociaciones que no forman parte de la estructura política, pero que recogen el deseo de la gente de llevar a la realidad proyectos juntándose. En consecuencia, me gusta un mundo en el cual la política no lo es todo, sino que gran parte de la vida de la gente se desarrolla por fuera de la política. Con todo, durante los últimos años el concepto de “sociedad civil” adquirió un significado más amplio y complejo. Cada vez con mayor frecuencia nos encontramos ante asociaciones surgidas del tejido de la sociedad civil que toman una función pública o cuasi pública. Esto es cierto desde hace tiempo respecto de los países en vía de desarrollo, en los que las ONG muchas veces cumplen esa tarea, positiva pero también problemática, en cuanto las acercó a los líderes políticos y a los gobiernos, e intensificó su influencia sobre los medios.

El asunto es que ahora este fenómeno también comienza a manifestarse en nuestras sociedades. Aquí hablo del ejemplo británico, que me parece peculiarmente significativo. En el Reino Unido, organizaciones como Save the Children u Oxfam tomaron claramente una función pública, sin hablar además de las varias fundaciones que cada vez más persiguen fi-

nalidades públicas. En Gran Bretaña se firmó un auténtico acuerdo, denominado "Compact", entre distintas ONG y el Gobierno, el cual establece una especie de canal regular de comunicación. Este pacto se orienta en parte a garantizar una cierta independencia de las organizaciones no gubernamentales, pero no obstante ello, es llamativo que la independencia debe ser garantizada por el gobierno, en vez de basarse sobre exactamente lo contrario, esto es, sobre el hecho de no tener nada que ver con el gobierno. En algunos casos ya no se puede distinguir entre ONG y organismos gubernamentales. La Royal Society for the Blind o Lifeboat fueron creadas como asociaciones de voluntariado, pero sin duda hoy desempeñan funciones públicas esenciales. Hasta tal punto esenciales que si estas asociaciones no existieran el gobierno tendría que proveer con sus fuerzas. En suma, hay una zona cada vez más amplia en la que se superponen lo "no gubernamental" y lo "gubernamental". En el Reino Unido, el caso extremo es el Servicio Sanitario Nacional, que no podría funcionar sin el aporte de una gran cantidad de voluntarios organizados. Recientemente participé en el Parlamento de una discusión en la que había quien se preguntaba si a estos voluntarios no había que concederles la inscripción en el sindicato, como sucede con cualquier trabajador del sector público.

Doy otro ejemplo: el programa de *New Deal* del gabinete Blair para combatir la desocupación impulsa a quienes no tienen empleo a hacer una de estas tres cosas; aceptar el puesto que se les ofrece, someterse a un entrenamiento, o bien intervenir en actividades llamadas voluntarias. En definitiva: las funciones gubernamentales se enlazaron tan estrechamente con las organizaciones no gubernamentales que desde todo punto de vista se volvieron un nuevo tipo de intermediario entre pueblo y poder político. De hecho, no vacilan en tomar abiertamente parte activa en el debate político en nombre de quienes ellas proclaman representar.

Es un fenómeno muy interesante, que ilustra acaso mejor que tantos otros las transformaciones que se van operando en la que Crouch llamó "posdemocracia". Estas organizaciones son, en muchos aspectos, una maravillosa riqueza de la sociedad, y yo estoy muy feliz de que existan. Pero también hay algo discutible en que puedan expresarse acerca de asuntos públicos y afirmen que representan, cada vez, a los niños ingleses, al campo inglés o a las minorías étnicas presentes en Gran Bretaña.

En algunos países, como sucede en Alemania, estas organizaciones a menudo gozan de un consistente apoyo financiero público. En cambio, en Gran Bretaña, donde está vigente una tradición privatista más fuerte, el acceso al dinero público tiene un carácter de excepción, muchas veces limitado a financiación pública destinada a proyectos específicos. Pero en todas partes las organizaciones no gubernamentales van tomando funciones parapúblicas, lo que las hace aun más fuertes y potentes. Nos hace vislumbrar un futuro que a la vez me gusta y da miedo.

A. P.: Usted está diciendo: cuanto más grandes son, mayores necesidades monetarias tienen. Cuanto más dinero necesitan, más deben hacer oír su voz en los medios. Cuanto más se oye su voz, mayor es su protagonismo político.

R. D.: Más o menos. Hace poco participé en Milán de un encuentro al que convocaba una organización de este tipo, surgida hace poco, y con sorpresa pude constatar que su máxima preocupación era cómo tener presencia en los medios y de esa forma obtener financiación del gobierno; cuando, en cambio, la primera preocupación debería ser desarrollar lo mejor posible la finalidad para la que se creó la asociación.

A. P.: Sin embargo, acaso el nuevo intermediario sea lo que usted definió como “máquinas-partido”, los aparatos que quedaron en pie tras la muerte de los partidos tradicionales.

R. D.: Los partidos, de hecho, ya no existen en cuanto a participación popular, afiliaciones, militancia. Incluso en países en los que tradicionalmente gozaban de una base muy amplia, ésta va declinando rápidamente. El caso extremo es Austria, donde por un largo período si no se era miembro de un partido resultaba difícil hasta encontrar un empleo: ser rojo o negro era casi una condición esencial de ciudadanía. Y bien, hoy asistimos hasta en ese país a una contundente declinación de la participación política. Lo que permaneció en pie, entonces, son las maquinarias, los aparatos. Y éstos parecen ser seguramente los intermediarios con mayor grado de riesgo. En la práctica, están mucho más desligados de la base democrática, y por ende tienen una cuota de responsabilidad mucho menor. Pese a ello, siguen desempeñando un papel importante en la selección de quienes ejercen el liderazgo y del plantel político.

Hasta ahora, con los medios y las organizaciones gubernamentales, hemos hablado de “mediadores” empeñados en servir de vehículo para las opiniones y expresar intereses. Pero en el caso de los aparatos partidarios su trabajo es bastante distinto: consiste en llevar a sus jefes a puestos de poder. Lo dijimos antes: incluso Berlusconi, si sólo hubiera dispuesto de la televisión, no hubiera llegado a Palazzo Chigi. Incluso el propietario de un poderoso intermediario como los medios masivos necesitó una máquina partidaria. Para estos aparatos, a diferencia de los partidos tradicionales, las elecciones ya no son un instrumento para revitalizar los parlamentos, sino antes bien para asegurar posiciones de poder a quienes forman parte de ellos o los dirigen.

Esta deriva me preocupa mucho, porque a menor cantidad de afiliados, mayores sumas de dinero necesitan los partidos, y cada vez más tienen que obtenerlo de fuentes distintas en comparación con el tradicional aporte de los afiliados, que era la base de los partidos socialistas, pero, en muchos países, también de los democristianos. Esto crea redes de intereses que echan sombras ominosas sobre la legitimidad democrática. La amarga verdad es que los “partidos-máquina” se pueden comprar.

A. P.: ¿Se refiere a auténtica corrupción?

R. D.: También. La gran mayoría de los países europeos conoció durante estos últimos cinco o diez años escándalos que involucraron a políticos de primera línea. Y si se los analiza, se descubre que todos fueron causados por líderes urgidos por la escasez de fondos, para financiar las maquinarias de

sus partidos y así llevar a sus amigos y a sí mismos al poder. Puede ser cierto que algunos de esos líderes hayan aumentado su riqueza personal. Pero lo que origina el proceso es la voracidad de los partidos-aparato. Eso crea formas de dependencia. En la mejor de las hipótesis, cuando no hay un auténtico *do ut des*, por lo menos el proceso de toma de decisiones –o de no toma de decisiones– es influenciado por ello.

En Europa, esto se presenta de un modo distinto y más grave que el descrito por nosotros en relación con la injerencia de los lobbistas en los Estados Unidos. Aquí estamos en presencia de auténticos casos de corrupción, cuya gravedad es indiscutible. No tengo motivos para sospechar de los dichos de quienes aseguran que el canciller Kohl no se enriqueció con los beneficios de los aportes a su partido. Pero es cierto que cuando entró a la política era un modesto graduado en Historia apenas capaz de sostener a su familia con sus ingresos. Hoy posee un patrimonio valuable en millones de marcos, y su posición es más que acomodada. ¿Qué sucedió? Repito: no estoy sugiriendo que el dinero haya ido a parar a sus cuentas corrientes. Pero es cierto que los líderes políticos no terminan su carrera más pobres que cuando la comenzaron. Ése no fue tampoco el caso de Craxi.

A. P.: Sin embargo usted conoce el argumento que –sin dudas en Italia– muchas veces se opuso a esta denuncia. Los partidos dicen que la democracia cuesta dinero, y que entonces o paga el Estado o paga algún otro.

R. D.: No cabe duda, el mal menor es la financiación pública. Es más, querría agregar que las funciones tradicionales de los partidos –organizar el debate político y hacer que tenga su expresión en el Parlamento– son esenciales para la democracia. Yo no comparto la tesis que sostiene que la democracia funciona mejor sin partidos. No obstante, aquí estamos hablando de funciones completamente nuevas, de aparatos que sólo conservan el nombre de partidos, cuya actuación se limita cada vez más a la de un taxi, un medio de transporte para llevar a grupos de personas hacia posiciones de poder. Si éste es su trabajo, entonces yo querría que estas maquinarias fueran reguladas por criterios de responsabilidad semejantes a los que valen para quienes administran el dinero público, y que por lo tanto se las financie según modalidades indudables y transparentes, y que los aportes financieros tengan límites y topes muy rigurosos. Se deber poner absolutamente bajo control a esos aparatos.